

profundas y dolorosas que aliviar y cicatrizar. Pero todo allí es jóven, fuerte, nuevo, robusto; un dilatado porvenir de gloria los aguarda. Los fundadores de la República murieron firmemente convencidos de haber creado y organizado una patria para cien millones de habitantes. Quizás llegue ese día, ¿porqué no?

Santiago (Chile), Abril 1875.

EL MATRIMONIO DE BYRON

Lady Byron Vindicated. By MRS. HARRIET BEECHER STOWE.
Boston : 1869

I

PUEDE en general decirse que las relaciones conyugales de los hombres de letras son materia estrictamente privada, que de ningun modo cae bajo la jurisdiccion de la crítica literaria. Sentado el principio, lo primero, que en seguida debe hacerse, es exceptuar de la regla el caso del matrimonio de Lord Byron. Reuniendo cuanto se ha escrito sobre ese capítulo de la vida del gran poeta inglés, se formaria una no muy pequeña biblioteca; y de cierto nunca vendria la sombra de Byron á lamentarse del escándalo contenido en tantos volúmenes, ni del uso y manoseo de los secretos más íntimos de su vida doméstica; él mismo, en varias poesías líricas y en innumerables alusiones é indirectas contenidas en sus versos y en su prosa, ha

puesto el público al corriente de sus desdichas privadas y tratado con insistencia de influir, modificar y hasta torcer la opinión general sobre su desgraciado matrimonio. Durante los últimos años de su vida, escribía de tiempo en tiempo á la divorciada esposa cartas que no le remitía, que circulaba privadamente para instruccion ó edificacion de sus amigos y admiradores, y que Moore insertó y comentó en las Memorias y Correspondencia expurgadas, dadas á la estampa seis años despues de la muerte del poeta.

Quienquiera que ha escrito sobre Byron ha formulado siempre una opinion sobre el famoso divorcio, ó separacion *amistosa* mejor dicho, echando toda la culpa, bien á la malaventurada mujer, que ha sido lo más frecuente, bien al extravagante marido, á lo cual sólo se han atrevido unos pocos. Pero es indudable que el escándalo producido por sus desavenencias conyugales puso á Byron en el caso de abandonar su país natal, lo condenó á destierro perpétuo, y lo colocó en guerra abierta contra la opinion pública, contra la moral universal, bajo cuyo fallo se mantuvo doblado y luchando con titánica desesperacion. Si se hubiera unido á otra mujer, si la vida de casado hubiera servido, como en tantos otros casos, de puerto del naufragio, y permitiéndole vivir tranquilo, acallando los recuerdos de su desordenada juventud con la utilidad y energía de su carrera de hombre maduro, muchos su-

cesos de la historia de Inglaterra en el presente siglo habrian quizás sido diferentes de como en realidad acaecieron. El valor personal y la profunda sagacidad política desplegados por Byron en Grecia, como actor importante en el drama de la emancipacion de ese histórico pueblo; el talento colosal, casi sobrehumano, que revelan el *Manfredo* y el *Don Juan*, hubieran brotado como un torrente desde el asiento que heredó de sus mayores en la Cámara de los Pares, y vigoroso paladin de la libertad y la regeneracion de su patria, hubiera alcanzado gloria de hombre de estado, y oscurecido á otros simples favoritos de la fortuna, como Wellington ó Palmerston.

El mundo entero sabe que no fué así. El nuevo ángel caído repitió y realizó la sublime expresion del *Lucifer* de Milton: «Mal! sé mi bien;» amontonó blasfemia sobre blasfemia expresadas con elocuencia de fuego y en una lengua que ninguna otra supera en gracia y en vigor; se precipitó más y más en el desorden y la licencia que le traian el vituperio de sus compatriotas; ridiculizó á su pobre mujer en versos inmortales; buscó en el movimiento revolucionario de Italia, en el carbonarismo y otras asociaciones secretas, salida á la actividad de su espíritu indomable. Cuando se convenció de que los italianos nada podian hacer, soñó en venir á América; y por último, se adhirió á la causa de la independencia griega, prodigó ge-

nerosamente su fortuna, y murió en la tierra de los héroes, circundando con nueva y magnífica aureola su frente sublime de poeta.

Apénas murió bajo tan trágicas y fascinadoras circunstancias, comenzó en la patria una poderosa reacción en su favor. El *Don Juan* se había publicado por primera vez sin nombre de autor ó de editor; ni él ni su amigo Murray se atrevieron á afrontar la tempestad que debía desencadenar, y que en efecto desencadenó. Sin embargo, poco despues no tuvo empacho uno de los mejores críticos ingleses, y en el mismo periódico que más duramente atacó la obra al principio, de declarar que preferiria ser autor de una página del *Don Juan* á escribir toneladas de poemas como el *Childe Harold*.

Habia dejado escrita una autobiografía, y legado á su amigo Moore el derecho de publicarla, ó destruirla, despues de su muerte. Fué destruida; publicóse en su lugar una coleccion de fragmentos y cartas, unas completas, otras mutiladas, ligadas y comentadas por el mismo Moore. La vida licenciosa de Byron, en Italia principalmente, está de sobra retratada en ese libro; pero los episodios más escandalosos, de Inglaterra sobre todo, quedaron suprimidos unos, y disfrazados los otros, bajo iniciales y asteriscos. Era de todos modos una biografía copiosa, interesante y auténtica; con ella la reacción pudo llegar á su apogeo,

y los amigos de Byron, es decir, cuantos leían sus versos, tuvieron en qué apoyarse para defenderlo primero, para absolverlo despues. La mujer legítima era en tanto la víctima de esa reacción, como ántes había sido causa ocasional del torrente de impopularidad y maldiciones que lanzó al poeta de su patria. Moore la pone en paralelo con la Guiccioli, la célebre amante del poeta, y no es por cierto la esposa la favorecida en la comparación.

Lady Byron se separó de su marido en Enero de 1816; desde esa fecha hasta 1830 no abrió sus labios una sola vez, ni en pró ni en contra del poeta; abstúvose cuidadosamente de decir al público una palabra sobre los motivos de su separación; y mientras Byron se presentaba sin cesar y en todos los tonos como víctima tan cruelmente tratada que ni aún le dejaban saber cuáles eran los cargos contra él; mientras llamaba Clitemnestra á su mujer y la satirizaba sin piedad en el primer canto del *Don Juan*; ella, con orgullosa frialdad, permanecía impassible y altanera, cuidando á su única hija y guardando silencio inquebrantable. Semejante conducta irritaba más á los defensores de Byron.

En la coleccion de cartas y fragmentos que dispuso Moore, aparecieron muchos insultos dirigidos por Byron á su mujer y á todos sus parientes: padre, madre, aya, etc., etc. Lady Byron, por primera y

única vez, creyó entónces necesario decir algo, aunque sólo en defensa de sus padres, «evitando tocar ningun punto, dijo, que personalmente se refiera á Lord Byron ó á mí.» Desmintió los cargos formulados contra su familia, y dejó perfectamente claro que hubo *graves* motivos para justificar la separacion. No explicó cuáles fueran esos motivos; pero con autoridad irrefutable dejó fijado que eran tales, que dos abogados eminentes y respetabilísimos habian declarado, al saberlos, que de ningun modo debia continuar viviendo al lado de su marido. La aclaracion era digna de una matemática: exacta, precisa, firme, expresando lo que queria decir sin una palabra de más ni de ménos.

Propusieron á Byron que suscribiese un contrato de separacion, y se negó á hacerlo; amenazaron llevar la cuestion á los tribunales, y en el acto se prestó á firmar lo que le pedian. Retiróse entónces de Inglaterra, adonde no volvió en todo el curso de su vida. Segun la ley, tenia el derecho de reclamar á su hija con sólo exigirlo judicialmente; y se abstuvo con cuidado de provocar la cuestion. Es claro, por consiguiente, que si en realidad ignoraba los motivos de la separacion y deseaba saberlos, tuvo siempre el camino para lograrlo. Hubiera sido un escándalo, es verdad; pero su vida fué un escándalo constante, y es curioso que huyera de producir el único que hubiese podido

serle de alguna utilidad. Tenia tambien, segun la ley, el derecho de usar de una parte de la inmensa fortuna de su mujer; y jamás renunció ni dejó de aprovechar esa ventaja.

El público no se fijó mucho, despues de su muerte, en la evidente contradiccion que acabamos de señalar; y la historia de su matrimonio, tal como se repetia en libros y periódicos, venia en resúmen á echar toda la culpa sobre la mujer.

En efecto, la señorita Milbanke sabia perfectamente que Byron era un libertino; conocíalo personalmente, y hasta mantuvo con él correspondencia amistosa por más de un año ántes de contraer compromiso de enlace. Rechazó una vez las proposiciones de Byron; un año despues volvió éste á insistir en su declaracion, por medio de una carta, y entónces fué correspondido y aceptado. La carta era muy hermosa; ella y otros que la leyeron convienen en celebrarla como un modelo. Pero la señorita no era de las que sacrifican su vida ni su libertad por la fascinacion de unas cuantas frases elocuentes; era, por el contrario, una mujer fria, reservada, muy apegada á la etiqueta, estricta cumplidora de todas las formas, aficionada á las matemáticas, entendida en metafísica y hasta pedante en su modo de escribir.

Casáronse el 2 de Enero de 1815 y fueron felices

poco tiempo. Sucedió lo que cuantos los habían conocido profetizaron; los caracteres no se avinieron. Byron era extravagante, desarreglado, cínico por educación y por sistema, y se encontraba abrumado de deudas; su esposa era exigente, inflexible, impaciente. El 10 de Diciembre del mismo año nació su hija Ada. Las querellas domésticas eran frecuentísimas. A fines de Enero de 1816 dejó ella la casa con objeto de hacer una visita á sus padres; en el camino escribió á Byron una carta cariñosa; apénas llegó á la residencia de su familia, dirigió el padre una carta al yerno, comunicándole la resolución de su hija de no volver más á vivir con él. Byron no esperaba ese desenlace; así lo dijo al ménos. Había vendido hasta sus libros por contentar á sus acreedores, y la noticia lo dejó absorto « en su desierto hogar y en medio de sus lares desbaratados y dispersos. »

La indignación pública no tuvo límites; artículos, folletos, caricaturas surgían por todos lados, insultándolo ó satirizándolo. Rumores de mil géneros, horrosos unos, absurdos otros, corrían de boca en boca. Resolvió salir de Inglaterra, y sus amigos le aconsejaron que lo hiciera á escondidas para no provocar una demostración hostil del pueblo de Lóndres. Dióse á la vela para Ostende el 25 de Abril de 1816.

Tales fueron los sucesos principales y conocidos de su breve vida de casado. No volvió á Inglaterra,

y murió en Missolonghi el 19 de Abril de 1824, á los 37 años de edad.

La indignación pública duró algun tiempo más, espoleada por él mismo, por su *Beppo*, su *Don Juan*, etc.; pero poco á poco fué naturalmente calmándose. Lady Byron sólo habló una vez, en 1830, como dijimos; pero en cuanto á la cuestión personal, en términos misteriosos, sibilinos, cuyo efecto no podía ser muy grande ni dilatado. A la vista de todos quedaban en tanto sus escritos, que eran su mejor defensa, la que él mismo había preparado. La nueva generación formaba juicio influido por ellas casi exclusivamente; y como sus grandes obras, sus verdaderos títulos á la inmortalidad, los dos últimos cantos del *Childe Harold*, el *Manfredo*, el *Cain* y el *Don Juan*, fueron escritos desde 1816, todas las ventajas, á la larga, militaron en su favor.

Pasaron diez, veinte, treinta años. Lady Byron vivió hasta 1860. Ada, su hija, que en 1835 se había casado con un lord, murió en 1852. Creyóse que después del fallecimiento de Lady Byron se publicarían cartas, papeles, memorias, algo de lo mucho que dejó escrito; parece que en efecto se proyectó; mas se abandonó el propósito.

La hermosa italiana, condesa Guiccioli,—que no murió hasta 1874,—publicó sus reminiscencias de Lord Byron, llenas de cuentos, anécdotas, datos en